

MS 385
981/1264
L. 1

Martes 23 de Diciembre de 1919

UNA VISITA INDISCRETA

Estamos en el país de los informes, pero no de los informantes.

¿Se presenta una cuestión difícil, hay una defraudación, marcha mal un servicio o se sabe a punto fijo que se están malgastando los dineros fiscales?

Pues bien, venga un informe, y dos y tres si es necesario, hasta que la dificultad desaparezca bajo un fardo de papeles.

El informe es el término final, el paliativo, el bálsamo, la solución, en una palabra, la panacea que evita todas las complicaciones y cura todas las enfermedades de que adolece la administración.

Pero tanto como el informe es respetable, el oficio de informante es bajo, humilde y peligroso.

Cuando una institución pide informe, es para que el informante opine en el sentido en que ella misma lo habría hecho, sin conocer la materia en discusión; y ¡ay! de él si por orgullo, independencia de criterio, escrúpulos de conciencia o simplemente por torpeza, estampa en su dictamen una opinión diversa a la deseada.

Uno de nuestros almirantes, que, por dictaminar a petición del gobierno, sobre la marina, fué expulsado del Círculo Naval y vejado en toda forma hasta verse obligado a abandonar la carrera, podría dar algunos datos al respecto.

Pero está visto que el hombre es el único animal que no escarmenta.

El otro día se pidió un informe sobre el nuevo edificio de la Caja Hipotecaria, y ¡claro! no faltaron tres honrados arquitectos que, con total carencia de mundo, aceptaron el cargo, y todavía declararon que hallaban caro el edificio.

¡No faltaba más! ¡Encontrar cara una casa pagada con dinero ajeno!...

Elo es que los informantes, como era natural, han empezado a correr la suerte propia de su oficio.

Por mi parte, ya he presenciado el castigo de uno de ellos.

Fué el Lunes a medio día, Convencido de que la Caja Hipotecaria es un edificio público donde cualquiera puede entrar, y sin acordarme de las vejaciones a que debe estar sujeto un informante, entré al antiguo edificio de la Caja, casi al mismo tiempo que el arquitecto don Manuel Cifuentes, que, como se sabe, tuvo la desdicha de dar su opinión técnica sobre la imponente y veneranda construcción.

La casa antigua, de sobrias líneas y gruesos murallones, que albergó la Caja, en los remotos tiempos en que el dinero de los deudores se consideraba sagrado, los sueldos de los empleados se fijaban por leyes y no se cobraba comisión, ni se invertían los fondos en hacer baños públicos y poblaciones modelos, presentaba un aspecto tranquilizador. En el vetusto patio, el agua de la pila corría audible y sin interrupción, como los intereses semestrales, y comunicaba a las oficinas laterales un ambiente de casa solariega, que reúne bajo el mismo techo, padres e hijos, hermanos y cuñados, primos y sobrinos, en una atmósfera sana y patriarcal. Todos los empleados, desde el más alto hasta el más bajo, parecían tener aire de familia, y todos poseían el noble continente y la atildada compostura propios de una raza hidalga y bien nutrida.

Penetré confiado, siguiendo al informante, cuando ¡horror! a los dos pasos oigo voces destempladas.

- ¡Bandido! ¡Canalla!
- ¡Insolente!
- ¡Traidor!
- ¡Sadulaque!

Al diálogo trabado nuevamente entre el funcionario belicoso y el informante resignado, surgen de las oficinas más y más empleados, los cuales toman también parte en el debate, con la indignación del que defiende, contra las indiscreciones de un intruso, un secreto de familia.

Un joven con aspecto grave y doctoral, aprovecha la ocasión de prostrar al informante los últimos dictérios.

Sus frases son olímpicas.

-!Infame! !En esta casa debía entrar con los ojos bajos! ¿Cómo te atreves a venir aquí?

No alcancé a escuchar la réplica.

Un amigo oficioso, me retiró del sitio del siniestro y salí precipitadamente a la calle.

En la puerta, algunos funcionarios hablaban pestes de los informantes y esperaban al rezagado para hacerle una digna despedida.

Yo esperé también, en terreno central de la acera. Cuando perdí la esperanza de que el señor Cifuentes saliera, detuve a un amigo que pasaba, referí lo sucedido y le pregunté con ansiedad:

6¿Por qué no sale? ¿Qué le habrá sucedido?

Y él, con calma imperturbable, responde:

-Deben haberlo echado a la bodega donde guardan el mosaico que sobró del edificio! !Eso les pasa por meterse a informantes!

!Inocente de mí, que había entrado creyendo que la Caja era una institución pública!

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

P.